

Han pasado dos Poetas*

El español Federico García Lorca y el chileno Pablo Neruda, viajeros del mundo, regaron con su lirismo las calles de nuestra ciudad

Son familiares al público argentino los nombres de Federico García Lorca y Pablo Neruda. El primero, con sus obras teatrales, atrajo la atención de la crítica, provocando extraordinario entusiasmo; el segundo, con sus libros de versos, hizo que se le saludara como uno de los grandes poetas de América... Aves de paso (García Lorca ya ha partido y Neruda lo hará en breve), el cronista frecuentó la amistad de ambos y encontró en las entrevistas material interesantísimo para una nota... No es frecuente utilizar poetas para ello. Despierta más interés en las gentes una estrella de cine o una actriz, que a falta de mollera tienen garbo... Por eso mismo la crónica ofrece posibilidades de novedad en un género que ha dejado muy poco por decir.

Adolescencia de García Lorca

El lírico extraordinario que es autor de *Bodas de Sangre* no conoció la acidez de la miseria. Educado en la Ciudad Universitaria de Madrid, sus padres querían hacer de él un médico, un abogado, en una palabra, anteponer un «doctor» al nombre del vástago. Y éste, amando a los suyos, no supo resistirse. Comenzó los estudios secundarios, que no terminó, llevado por su vocación que lo arrastraba a la dramática, y de esos felices años de estudiantado, más que saber, le quedó un interesante anecdotario... La aventura del «taxi de respeto» es la más pintoresca de ese caudal...

Federico García Lorca y otro estudiante — hoy pintor de fama — habían gastado la mesada en menos de lo que canta un gallo... No podían aceptar esa situación hasta fines de mes, y resolvieron hacerse de medios vendiendo uno de los cuadros del pintor, con el señuelo de que se trataba de la obra maestra de un artista parisiense. En realidad, la tal obra eran varios trozos y colores mezclados al «tun tun»... Eligieron como «candidato» a un americano tan ignorante como vanidoso, y, después de marearlo a elogios, de hablarle de perspectiva, ritmo de color y otras cosas que enneguecen a los neófitos, lograron colocar el infundio en la respetable suma de doscientas cincuenta pesetas... Habían llegado hasta la casa del ingeniero comprador haciendo a pie el largo trayecto que separaba la misma de la Ciudad Universitaria, y resolvieron efectuar el viaje de regreso en un todo de acuerdo a la fortuna lograda de tan fácil manera. Alquilaron dos «taxis»: el primero lo ocupaban ambos fumando sendos habanos; el segundo, seguía detrás, vacío...

* Aparecido en El Suplemento. Primer Magazine argentino, año XV, n.º 562, Buenos Aires, 25 abril 1934. Se reproduce por gentileza de don Antonio Carrizo.

— *¿Y para qué ese taxi, Federico?* —interrogué cuando me relataba este interesante hecho...

—*El segundo taxi era un «taxi de respeto»* —repuso el poeta—. *Y alcanzó tanto éxito nuestra idea, que por muchos meses, los muchachos que andaban «con blanca» no viajaron de otra manera, ante el asombro de la población y de los conductores de los automóviles, que los tomaban por locos o por ebrios...*

El eterno vagabundo

— *Tu también tendrás algo que contar* —dije a Pablo Neruda, que escuchaba la conversación...

(Neruda —preciso es que lo explique— pese a su juventud, ha recorrido el mundo como funcionario consular chileno. La India y el Africa las conoce palmo a palmo. En la isla de Java contrajo matrimonio con una niña del lugar, que lo acompaña desde entonces en su vagabundaje, aclimatándose de inmediato a todos los lugares sin perder un ápice de su personalidad. Aprende en cada país el idioma vernáculo, y así se ha hecho una consumada políglota).

—*Cuenta lo que te ocurrió con el príncipe indio* —expresó García Lorca—.

—*Pues* —comenzó Neruda— *yo era soltero aún... En una de mis correrías por Ceylán, en una taberna, encontré a un hombre vestido a la usanza del país, con quien entablé amistad... Pronto intimamos... Nada acerca tanto a las gentes como el alcohol... Me contó su historia... Era un príncipe indio, fugado de su tierra por algo que no hace al caso. Le ofrecí mi vivienda, que aceptó de inmediato... Llegado que hubimos a mi hogar, se puso uno de mis pijamas, y sin decir palabra, acostóse a dormir sobre mi cama. Yo, a mi vez, tuve que reposar sobre un sofá... Al día siguiente el sirviente nos trajo el desayuno... Esperé que terminado éste mi huésped se levantara... No hubo manera de llevarlo a dar un paseo... Así se pasó en el lecho, sin levantarse, cinco días... Ya la visita me resultaba terriblemente molesta... Quise sitiario por hambre y sólo provoqué sus quejas:*

—*¡Esa es la hospitalidad de los occidentales! ¡Así acogen ustedes a sus huéspedes!*

Le hice ver que no tenía otra cama ni espacio para colocar otra, aunque la hubiese tenido. Me repuso sentenciosamente:

—*Mi mejor cama, mis mejores amigos, mis mejores vinos son para mi huésped... Sus deseos son órdenes, y siendo príncipe, soy para él, el último de los esclavos...*

No me convenció la sentencia y al décimo día conseguí, entregándole una libra esterlina, «que dejara de ser mi huésped».

Y la verdad —prosiguió Neruda— *me ha quedado un remordimiento terrible. ¿Habré procedido bien obligándole a partir?*

—No creo que haya lugar a dudas —afirmé.

—*Yo no tengo esa seguridad... En Oriente, las cosas se miran de distinta manera... y todo lo que se hace por un huésped es poco... En una ocasión, doce extranjeros fuimos huéspedes de un sultán de Abd el Dirah. Nos alojó en su enorme palacio... Celebrando una festividad religiosa, se había organizado un gran baile... No menos de doscientas danzarinas, levemente cubiertas de velos, daban los pasos sagrados... Comenzaron apoyando levemente los pies contra el suelo, retardando los movimientos... Poco a poco, sus pasos fueron apresurando, todo ello al ritmo de tambores invisibles que, como golpeados por palos demoníacos, aceleraron su son llegando a ser una música frenética. Las bailarinas estaban en paroxismo... Se agitaban con velocidad imposible. Y luego, poco a poco, disminuyeron la fuerza de sus*

movimientos y, alejándose lentamente, desaparecieron de nuestra vista, a la vez que el tañido de los tambores se dejaba de percibir... Todos los visitantes fuimos obsequiados con raros presentes, como recuerdo de la fiesta. Uno de mis amigos tuvo la mala suerte de resbalar por la escalinata y se fracturó la pierna. El sultán no lo conocía... Más que invitado de él, era acompañante mío... Y, sin embargo, por su simple condición de huésped, estuvo seis largos meses alojado en el palacio, atendido por lo mejores médicos y sin que no viera uno de sus solos deseos insatisfecho... ¿Un occidental hubiese hecho lo mismo por un desconocido, al que, terminada la curación, no volvería a ver en su vida?

Saudade de Buenos Aires

La entrevista se celebraba en la casa de Neruda, en vísperas de la partida para España de García Lorca.

--Pues, hijo —exclamó el último de los nombrados—, ¡que se me hace duro alejarme de Buenos Aires!... He andado meses por Nueva York, y, al partir, lo hacía casi contento... ¡Vería a mis queridos amigos de Madrid de mi corazón!... Ahora, con ansias de estar entre los míos, me parece que dejo algo de mí en esta ciudad bruja. En poco tiempo he hecho amigos que me parecen de años... Aquí está Pablo, que es para mí más que un hermano, y a quien hasta hace pocos meses sólo conocía por su magníficos versos... El público argentino ha sido generoso conmigo y con mis obras... Además, en cada casa, en cada calle, en cada paseo, dejo un recuerdo mío...

(Y García Lorca, con su aspecto de muchachito, se echó a llorar. Todos comprendimos la razón de sus lágrimas y las justificamos... Un silencio penoso nos envolvió, hasta que Neruda, con excelente criterio y oportunidad, dio término a la situación.)

Mira, Chas de Cruz, estas fotos de la India —dijo, alcanzándome un grueso álbum...

Ciudades misteriosas y legendarias, gentes exóticas, que sólo se conocen a través de los relatos de viajes o por la generosa perspectiva del cinematógrafo... ¡Cuántos recuerdos no traerían las misma a mi ilustra colega, el explorador capitán Wilcox! Sólo el respeto que infunde su profunda versación en la materia, y la celosa vigilancia de su especialidad, me impidieron extender la entrevista... Hubiese sido invadir jurisdicciones ajenas.

Viajeros del mundo

García Lorca se despidió de nosotros con un «hasta luego» triste y emocionado. Recién lo volveríamos a ver en el puerto.

—Odio las despedidas... Me rompen el corazón. —exclamó—. Por favor, mañana, en el barco, estaréis todos alegres.. Haremos de cuenta que me voy al Tigre, que nos volveremos a ver al otro día...

Un poeta visto por otro poeta

—Federico es un niño —expresó Neruda—. Un niño grande. Todo lo hace a impulsos de su generosidad, de su impulsividad, de su corazón... Se emociona como una criatura y ríe como un infante. Y, sin embargo... ¡cuán profunda es su obra! En «Bodas de sangre», canto desgarrador al amor maternal; en «Yerma», de la que conozco sólo dos actos, aborda el tema de la infecundidad con una penetración y un vigor dramático que lo acercan a las fuerzas primitivas de la naturaleza; en «La zapatera prodigiosa» es cáustico, irónico y lírico... Cada

una de sus obras es de distinto tenor... El mundo resulta chico para sus concepciones. Y en la vida, en esa personalidad que demuestra a las gentes, es un niño, un ser frívolo, a quien encanta la sencillez y que es camarada ideal para inofensivas francachelas... Su personalidad es tan subyugante, la fuerza de su técnica tan potente, que ha renovado arcaicos principios del teatro, iniciando su resurgimiento...

—¿No te excedes en el elogio?

—*De ninguna manera... García Lorca es el mejor, el más personal de los autores dramáticos de habla hispana de la actualidad. Y si ahora, que sólo tiene treinta años, se hace acreedor a tal ditirambo, ¿qué no será cuando madure más? Su talento llega a los límites del genio...*

(Los artistas son poco generosos para calificarse entre sí. Pablo Neruda es una verdadera excepción).

El dolor de partir

—*Yo ya me he acostumbrado a las partidas... Para mí no existe el adiós... Todo es un «hasta luego» cordial... Lo he dicho a amigos que dejé en lugares remotos, en ciudades que, posiblemente, nunca más volveré a ver... Pero, ¿a qué las despedidas? «Partir es morir un poco», ¿no es verdad? Es morir... y matar un poco... Mejor es el «so long», el «hasta luego», el «au revoir»... Todos los idiomas la registran, y en todos los idiomas es más dulce que el adiós... Adiós es una palabra que debería borrarse de los vocabularios...*

(Neruda quería esconder con sus palabras la pena que le causaba la partida en Federico García Lorca. Pretendía engañarse a sí mismo. Y no lo conseguía...)

Dos poetas en Buenos Aires

Por Buenos Aires, ciudad que cuenta con magníficos poetas, han pasado dos poetas... Han dejado la savia tónica de sus versos y de su simpatía... Han regado las calles de Buenos Aires con su lirismo. Contra la nerviosidad febril de la urbe encoguida en el duro «struggle for life», se han unido a los pescadores de sombras criollos y han encontrado en el conjunto el Tipperary... Que, según el bello poema de Agustín Remón, nada hay mejor que lograr la ilusión de libertad, que pintar de color de cielo las paredes de la celda...

Chas de Cruz